

# Un imperio en expansión

## Chiño

La controversia sobre las lenguas oficiales en España se alimenta todos los días con nuevos episodios, en los cuales se dejan entrever recelos y suspicacias hacia los pasos que se van dando en la normalización de las lenguas minoritarias o minorizadas. Las resistencias parecen ir disipándose, con lo que el avance desde la restauración de la democracia es imparable y el gallego, el euskera y el catalán aumentan su presencia, su producción editorial, ganando audiencia y lectores. Después de todo, hemos de aspirar a expresarnos en otras lenguas sin complejos, con plenitud, no sólo en la intimidad.

¿Qué pasará con el castellano, con el idioma español que tantas glorias nos ha dado a lo largo de los siglos?. Pues al castellano no es previsible que le suceda nada en particular, exceptuando malos usos e incorrecciones que contaminan nuestra lengua, tal como nos lo recuerda **Lázaro Carreter** en su nueva etapa de formidables artículos. Cierto es que algunas iniciativas de las administraciones autonómicas tenemos que, más que estimular el uso de las lenguas autóctonas, inciden en el postergamiento del castellano. No obstante, los apologistas del español no han de perder de vista los nuevos territorios conquistados, como es el caso de los mismísimos Estados Unidos de América, de donde no cesan de llegar noticias de nuevos hablantes no sólo en las zonas marcadamente anticrastistas, sino también en las urbes tan significadas como Nueva York, Chicago o Los Angeles. En estas ciudades el Instituto Cervantes no tiene respiro, respondiendo a las numerosas peticiones de aprendizaje de nuestro idioma.

Pero las buenas noticias no provienen sólo del Gran Hermano del Norte, sino que, por la gran trascendencia en cuanto a la incorporación del español al sistema educativo, hemos de referirnos a los Estados Unidos y también a Brasil. Este ingente país, de casi 200 millones de habitantes, ha decretado la impartición del español en la enseñanza primaria y secundaria, superándose en cuanto a los antiquísimos recelos hacia la lengua castellana. Desde el tratado de Tordesillas, en los albores del siglo XVII, el reparto de las nuevas colonias de las indias del sur deparó a Portugal su tutela, con lo que esta lengua ha sido un referente inequívoco para la identificación del Brasil, acosado históricamente en todas sus fronteras por la pujanza del español.

Como nada es inmutable y los designios de la historia no son siempre previsibles, razones económicas han ayudado en esta decisión: Brasil es el país central en el incipiente espacio económico de Sudamérica, Mercosur, con un protagonismo en acelerado aumento ante las dificultades de antiguos emporios como Argentina. Las multinacionales se establecen en suelo brasileño, aprovechando exenciones fiscales y ayudas oficiales; el sector industrial se dispara y las exportaciones aumentan a un ritmo fuerte, traspasando el ámbito estrictamente americano. Sin olvidar las brutales desigualdades sociales que todavía arrastra y la miseria incrustada en las favelas de las populosas urbes, para muchos analistas, este país tiene todos los visos de convertirse en un gigante económico, en una potencia mundial en el próximo siglo, y no sólo en el ámbito futbolístico.

La lengua española será necesaria, pues, para sus intercambios comerciales. Ahora bien, para que no nos entre complejo neocolonial, hemos de admitir que la penetración del castellano también nos servirá para acercarnos a las costumbres, a la cultura, a la literatura, al cine y a las gentes del Brasil. Seguramente habrá, a partir de ahora, un mayor intercambio,

pues los diarios españoles han destinado corresponsales permanentes en Río y Sao Paulo. En la producción editorial, sólo nos ha llegado con nitidez la obra **Jorge Amado**, todo un símbolo de las letras portuguesas. Las producciones cinematográficas comienzan a llegar a nuestro país con regularidad. Señalemos a directores como **Walter Salles** –*Estación central de Brasil*– o **Carlos Diegues** –*Tieta do Agreste*–, si bien su música es la referencia cultural más nítida para nosotros. Brasil es una mina inagotable de inspiración, de nuevas tendencias, de mixturas de tendencias y estilos musicales. Desde que a finales de los años 50, *la bossa nova* fue reconocida y admitida por los *jazzmen* del norte –**Stan Getz, Joe Herdenson, Dizzy Gillespie o Pat Metheny**–, la progresión del raudal musical brasileño ha sido imparable. No sólo las percusiones del carnaval o los susurros de las garotas de Ipanema llegan a nuestros oídos: pop, rock, jazz, étnica, bacalao, cualquier estilo musical tiene acogida y es reinterpretado por la melodía brasileña. Músicos reputados actuales como **David Byrne, Sting, Ryuichi Sakamoto o Arto Lindsay**, gentes de otras latitudes han sucumbido a la magia del Brasil y han grabado o colaborado en producciones de este país. A modo de guía para los que se quieran iniciar, basta sumar al carro de la compra en el hiper, un disco *serie media* de **Antonio Carlos Jobim** para conocer la obra de uno de los mejores compositores de música popular del presente siglo. O alguno de **Caetano Veloso**, enciclopedista musical heterodoxo que recrea cualquier estilo con la sencillez de los que sienten la música como un flujo natural del alma. Y por cierto, canta también, en español para el público, no sólo en la intimidad. Lo podremos comprobar este verano, en Cartagena.